

# LAS FASES DE CORTÁZAR

*Federico Fuertes Guzmán*

*A Lola, a Lola en París.*

## 1.- Del lado de acá

Turgueniev se sentaba en su escritorio, plácido, con sus babuchas y una inmensa ventana por delante, cargada de paisajes, de muletas a la escritura. Cortázar se sentaba delante del muro de la realidad tan bien diseñado por Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, y sacaba las armas, parece que secretas para el resto:

Primer Arma: *"Me ha hecho muy feliz escribir"*.

Segunda Arma: *"El fecundo descubrimiento de Alfred Jarry, para quien el verdadero estudio de la realidad no residía en las leyes, sino en las excepciones de esas leyes"*.

Tercera Arma: *"En momentos en que hay que adoptar una decisión de adulto, muchas veces yo me refugio en un estado de espera, pueril, realmente infantil, como si la solución fuera a venir de otro lado, como si yo tuviera un padre todopoderoso que me fuera a sacar las castañas del fuego"*.

Cuarta Arma: Frente al discurso cartesiano de la realidad, el de la intuición cortaziana del pasaje.

Quinta Arma: Algunos palindromas: Adán y raza, azar y nada; atar a la rata; átale, demoníaco Caín, o me delata.

Con armamento de este estilo, a veces lograba socavar el difícil murallón, solo una rendijita, un fugaz instante desde el que veía algo del otro lado; en esos momentos se daba el pasaje, el contacto con *"el jardín donde los árboles tienen frutos que son, por supuesto, piedras preciosas"*.

Por esas pequeñas saeteras podía tirar del ovillo hasta ofrecernos sus joyas particulares: cuentos circulares a ritmo de swing, novelas que desprestigian el formato novela, libros almanaque o ensayos políticos, partidarios de nobles causas.

- En *"Un tal Lucas"*, se habla de los escritores polígrafos, a los que usted confiesa tener gran cariño porque *"agitan en todas direcciones la caña de pescar. Pretextando al mismo tiempo estar medio dormidos"*. Salvando la alusión al sueño, ¿se considera usted un escritor polígrafo?

- Más que como escritor, me considero una persona polígrafa, en el sentido de verme interesado, a veces de manera notable y obsesiva por muchas de las manifestaciones que nos rodean: musicales, plásticas, políticas y hasta en algunos casos, como con el boxeo, deportivas. La cuestión reside en no estancarse monográficamente, en reivindicar el espíritu renacentista por encima de la exclusividad hacia las plagas del abedul, o los cálices mayorquines del siglo XIV, por poner algunos ejemplos.

Para la escritura de Cortázar se han buscado muchos moldes: realismo mágico, literatura fantástica, producto del boom sudamericano; por encima, o por debajo de todas esas acepciones, hay una latencia constante: la de un ser humano inmerso en una dualidad vital absoluta: París - Argentina, cuento - novela, estética juvenil - ética revolucionaria adulta, realidad - pasaje. Si, es cierto que en esta situación perviven muchos, algunos ni siquiera artistas; pero lo destacable del cronopio mayor, es su intento arrebatador de trazar puentes, de comunicar estas realidades que muchas veces se le presentaron escindidas: el tablón entre las ventanas y los mundos de Oliveira y Talita - Traveler, el puente subterráneo del manuscrito hallado en un bolsillo o el texto en una libreta, el Pont des Arts donde esperar a la Maga...

- ¿Está usted de acuerdo con ese comportamiento que le atribuyo de buscar puentes de manera obsesiva allí donde hay problemas de comunicación?

- Me parece una buena forma de llamarlo. Es cierto que los puentes de todo tipo aparecen constantemente en mi producción, las zonas de contacto entre dos realidades condenadas a vivir separadas: ¿donde acaba el sueño y comienza el

despertar?. Quizás por ello, el puente más obsesivo, el pasaje más buscado, sea el que me ha llevado durante breves momentos a esa otra realidad no apreciable de manera cotidiana, los saltos y jugueteos de Johnny a través del tiempo, o los de ese indio de "Todos los fuegos el fuego".

*- Quizás el puente de Budapest donde se encuentra Alina Reyes con su doble, donde piensa acabar con sus angustias de lejanía hacia ella, aunque en este caso, la comunicación no resulta y lo que si se da es la inversión de papeles.*

- En este caso a Alina Reyes, la acomodada chica argentina, los puentes le juegan una mala pasada.

Cortázar ha confesado que, llegado un momento de su vida, ya instalado en París, se da cuenta de la necesidad de actuar políticamente, de echar la escayola en los moldes ideológicos que, de alguna manera, ya existen en su mente; a partir de aquí, comienza una de las más fascinantes y difíciles aventuras de su vida: el compromiso, sobre todo con las revoluciones (¿le suena a alguien esa palabra?) de América Latina, las de Cuba, Nicaragua, y las resistencias de Chile, Argentina, etc. No transforma con ello su estilo, pero si amplía el campo y da un fuerte olor político a gran parte de sus esfuerzos, aunque algunos paisanos argentinos ven en su actitud una cómoda toma de posición en la lejanía, y una ignorancia supina sobre la realidad social y artística de su país (ahí está la carta durísima con la que Liliana Heker lo lanceó).

*- Desde la perspectiva de los años noventa, una vez barridos casi todos los, hasta ahora, últimos intentos de plantear alternativas de izquierda en el planeta, da la amarga impresión de que todo el trabajo que usted realizó en favor de esos movimientos políticos, ha sido en balde...*

- Si, la verdad es que han sido unos años muy difíciles, y creo que todavía no se ha acabado el descenso al infierno del nuevo orden. Yo siempre temí al peligro que todo proyecto joven y acosado corre de quitinizarse; he preferido la agilidad del camaleón, sus contorsiones y piruetas para inventar espacios donde apoyarse; a la larga, la quitinización ha sido colectiva, integral, y por ello, hemos entrado en una etapa demasiado espesa y endurecida, sin flexibilidad. La única alternativa parece ser la ruptura, pero conforme pasa el tiempo, la costra va ampliándose demasiado.

*- Por último Cortázar, una curiosidad: un grupo de amigos nos planteamos hace tiempo una cuestión para la que deseamos contar con su experta apreciación: imagínese un indígena que nunca ha tenido contacto con el hombre civilizado y un buen día choca contra un gran escaparate de cristal que alguien ha interpuesto en su habitual camino selvático: ¿qué cree que pasaría?. ¿Cómo reaccionaría ante un hecho que nunca podrá introducir en sus esquemas de pensamiento?.*

- Bueno, verás... Creo que el indígena atravesaría el cristal como si no existiera. ¿Como lo puede hacer?. ¿Con qué motivo?. Es posible que para estudiar la reacción que este hecho, insólito para una mente trabajada científicamente, provocaba en los expedicionarios que colocaron el cristal, y que ahora están presos por la tribu.

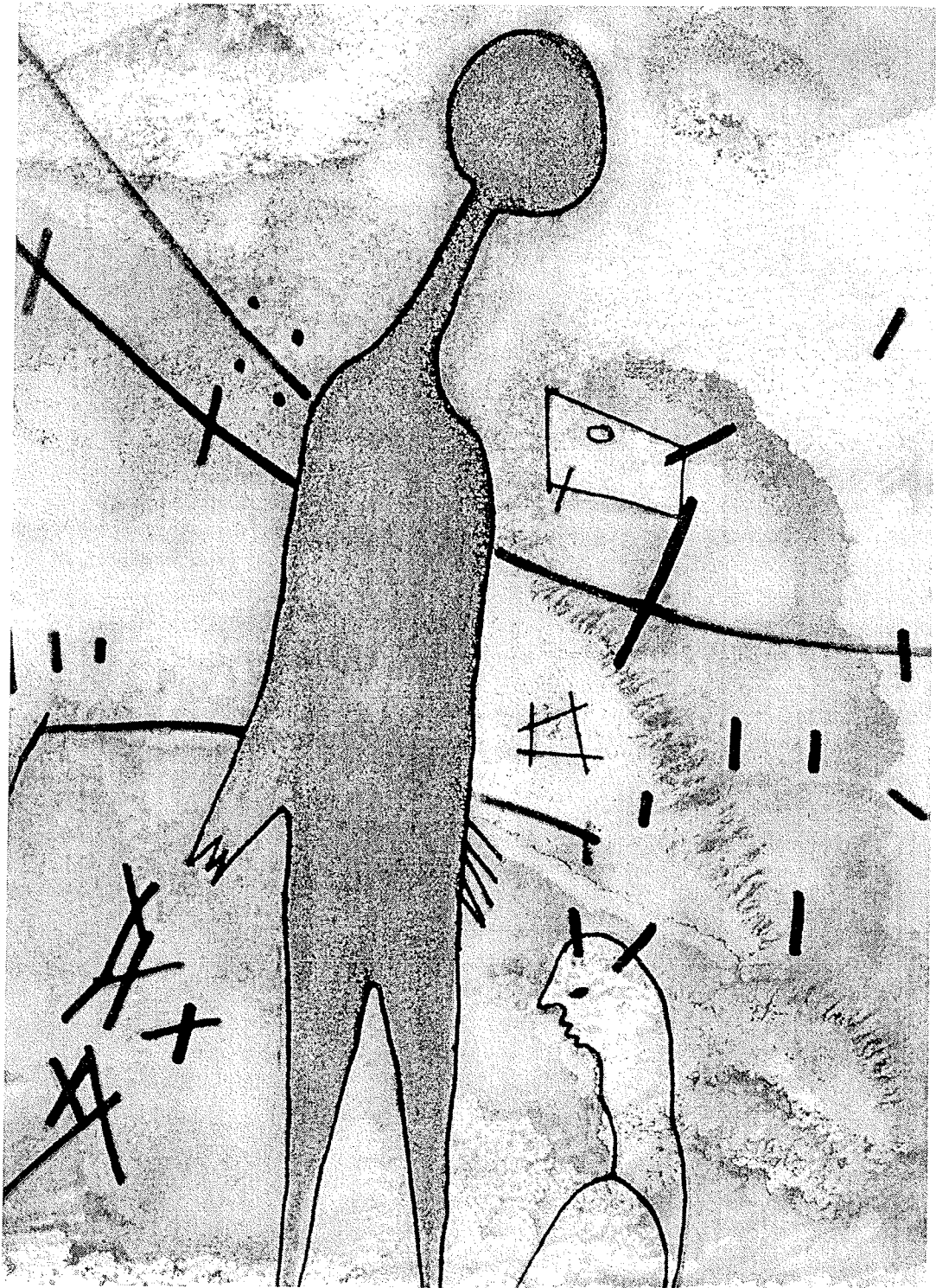
- Muchas gracias. Algo así esperábamos de usted.

Cortázar murió en el año 1984:

- El 8 de febrero - Diario EL MUNDO - 5 / febrero / 1994.

- El 10 de febrero - DIARIO DE CÁDIZ - 5 / febrero / 1994.

- El 12 de febrero - O. Prego: "La fascinación de las palabras".



## 2.- Del lado de allá:

Todo tratamiento dual de la existencia ha de tener una frontera. La de Julio Cortázar se establece (la definitiva quiero decir) en París, gracias a la que fue enterrado con su último amor, la fotógrafa Dunlop, en el cementerio de Montparnasse, en un sepulcro cuadrado, adornado de unas pequeñas nubes con una luna llena en el frente, aunque también podría ser un gusano de rostro y cuerpo redondo, acabado, como el formato que el autor reivindicara para sus relatos; solo que este anélido amable y orondo, sonríe al visitante con ojos muy vivarachos al contrario que las fantasías de sus escritos, muchas de ellas abrazadas al horror.

Nada sabemos por el momento de su estancia en ese otro lado, ni siquiera si es posible, pero bien puede ser como sigue.

### TODOS LOS CIELOS EL CIELO

Igual nadie pudo contar esta historia, pero tampoco hay quién con poder de desafío contra ella. Una vez hubo un escritor, o un pensador, o más bien, y sobre todo, un creyente, creador en los cielos y la tierra divinos y en la mano misteriosa, creadora. Se llamaba Pedro Damián, y se hizo muy nombrado en su siglo medieval. Hoy sigue apareciendo en los manuales de filosofía, y en algún que otro cuento de Borges, esos dédalos con salidas a veces poco amables.

Deslumbró sobre todo por lo gran admirador que fue de Dios. Hasta tal llegaba su afán, que plantó cara al tiempo con sus obsesiones celestiales, precisamente al tiempo tan bien estructurado que quedó tras acogerlo Aristóteles entre sus motivos para cuadrangular. Los pretéritos, los condicionales, de nada servirían si el divino así lo desease, y por mucho que San Jerónimo insistiese en limitar su poder, con un solo deseo, atravesaría el presente hacia atrás como una daga hace con un papel. La fuerza para trastocar el más allá de nosotros, todo aquello por venir, ya le era concedido por muchos apologistas, pero lo de Damián era algo muy nuevo, de lo más poderoso lanzado hasta ese momento, el poder adornar, cincelar o, de un manotazo de revés, liquidar el pasado.

Otra vez, en un tiempo más adornado, hubo otro escritor, su nombre figura igualmente en cualquier manual literario, que también se obstinó en pelearse con los tiempos y espacios que andan por ahí. Tuvo, como Pedro, pasiones inconfesadas, y levantó banderas difíciles de pelear. Pero lo que interesa ahora, es hablar de un cuento que escribió, "*Cartas de mamá*", en el que un hermano muerto que ya parecía dispuesto a ingresar en el olvido, grande como un baldío, aparece tranquilamente en la correspondencia de la madre que quedó en América, veladora perpetua de su recuerdo. Y aparece hasta poder pensar desde el refugio parisino (otro olvido quizás hasta más seco, al que se sometieron voluntariamente el hijo vivo y su compañera, para enredar, antiguo amor del difunto), que la madre ha perdido la razón, si no porqué hablar hasta del buen recibimiento que deben darle cuando el finado aparezca por su ciudad. La cuestión es que una vez desembarcado (les remito al relato para obtener datos precisos), se permiten hablar del espacio que ocupará en la casa, y de lo desmejorado que se encuentra después de aquella muerte, ahora invertida.

Ambos escritores, una vez que la parca liquidó sus devaneos con la historia, se encontraron en el cielo, y hubo alguien que buscó semejanzas entre sus obras, hasta verse obligados a hablar y discutir sus posiciones. Dicen que el santo se ofuscó, propio de un hijo de la escolástica, porque alguien hubiese encontrado algún parecido entre él, sentado entre la corte de Dios, y ahora mucho más convencido de su odio al cuerpo de los humanos, esa masa de podredumbre, y aquel individuo. El



Hacedor, agradecido como estaba por las muestras de confianza que en vida le ofreció, se dejaba alegrar el oído con sus enormes palabras sobre todo aquel que necesitara algo más que las Escrituras para delinear su existencia, relación en la que incluía en asiento destacado al mismo Satanás, a su parecer, el inventor de eso que llaman filosofía, hipótesis por otro lado que hasta ese momento no había podido testificar y que hubiese agradado enormemente a la vanidad del santo (algo tendría); como tampoco lo pudo hacer con la idea de que si la filosofía hubiera sido considerada el camino de salvación, Dios hubiese mandado pensadores y no pescadores para echar las redes evangélicas, un pensamiento que, dicho sea de paso, había servido de motivo en los corrillos celestiales para acuñar una, a mi entender, estupenda alegoría: “Pesco, luego existo”.

Nuestro contemporáneo hizo un intento primero de esquivar el envite lanzado (era reciente su llegada y, a pesar de haberse divertido en sus días jóvenes con las páginas tan fieras del teólogo, no había tenido tiempo de ir viendo las reglas en las que se apoyaba aquel inquietante foro), pero pronto emergió todo lo lucido en vida y porfió con su agresor. Pedro proponía una potencia de su adulado: la intervención a voluntad en todo lo que la historia ha dejado atrás (en realidad proponía para Él todas las potencias, pero aquí solo es tratada una de ellas), pero este mágico escritor había avanzado algo más, la había convertido en realidad, en acto se supone que diría para seguir sableando al rival. Y lo había hecho bien, tanto que en la primera reacción, los vivos creyeron producto del error o la sinrazón, esa mención del pasado hacia tanto enterrado, pero que, llegado el momento de las comprobaciones, queda certificado ante el espanto visual tan comprensible. Pasado el primer calambre, llega el acomodo, la costumbre ante la nueva situación, algo que no logró jamás esa divinidad con sus personajes; nadie se atrevió jamás (ya se veía demasiado osada la propuesta de P. Damián) ofrecer además del poder de transformar al antojo particular unos lances ya jugados, acomodar las conductas de los afectados, en lugar de anular violentamente sus efectos. Después de una mala digestión, un capricho divino tal vez disolviera en el Tártaro desconocido la existencia del Imperio Romano; pero con él se esfumarían sus consecuencias, sus malos hábitos heredados por la humanidad y hasta su numeración y sus leyes. Pero, además de no haber utilizado nunca Dios con sus personajes esos trucos que puso en su mente aquel santón polemista, ahora temeroso de su pequeña parcela conquistada, nunca ninguno de sus intérpretes y apologistas puso en sus manos esta nueva versión mucho más sutil de trastocar lo edificado. Dicen que Dios quiso, una vez enterado de las nuevas propuestas, conocer al nuevo creador de pasados, y que incluso llegó a meditar seriamente la posibilidad de utilizar este nuevo artilugio invirtiendo en la Historia el orden de aparición de los dos personajes, ahora enfrentados. También cuentan que Pedro Damián recurrió a descalificar al aspirante entrometido de una manera muy pobre: su propuesta solo fue real en unos escritos de los que nadie se acordaría en pocos años... De todas maneras, nunca podremos conocer con exactitud el desenlace, sobre todo porque hay muchos entre nosotros que afirman que Dios no existe...

